

## XXI.

A la mañana siguiente, Cándida, que hacía dos días sufría de un fuerte dolor de muelas, y había resuelto librarse de él á toda costa, debía ir con su padre á la ciudad.

Riconovaldo la encontró en la escalera, cuando bajaba ya para irse, y la cogió de una mano.

—Dejadme en paz—dijo Cándida tratando de desasirse.

Riconovaldo la cogió á la fuerza la otra mano.

—Dejadme—repitió la muchacha con más severidad.

El jóven trató de cruzarla los brazos.

—¡Dejadme, Riconovaldo!—gritó por tercera vez, poniéndose pálida y levantando la cabeza con fiereza.

El jóven la dejó ir, esforzándose por reir; pero un impetuoso sentimiento de despecho y de rábida le ofuscó la razon y dijo con voz sofocada:

—¡Estúpida!—Luego, huyó abrumado por la vergüenza.

## XXII.

A eso de las ocho debían llegar de la ciudad, Cándida, su padre y el hermano Cárlos. A Iris, para procurarla el placer de la sorpresa, no le habían dicho nada de la llegada de su marido. Ni Furio sabía nada tampoco; á las seis le había mandado su tía llevar una carta á una quinta cercana, y de vuelta, debía encontrar en casa, sin saberlo, á su hermano.

Riconovaldo, por la noche, paseaba por el jardín desconcertado y triste. En su vida había sufrido humillacion semejante á la que Cándida le había inferido hacía poco y en los días anteriores, á todas horas, á cada minuto, sin remision, con dureza y despiadadamente. No cabía lugar á duda, le había parecido un estúpido, un necio, un presuntuoso é insolente muchacho: lo que era, en una palabra. Ya él lo había comprendido así; había nacido con alma por equivocacion; aquella muchacha había dicho la verdad; los amigos, rién-

dose, se lo hacían entender así, él era el último de los hombres, un boceto de hombre tan solo, un monigote. La vergüenza, el ódio, el remordimiento, habían tomado tal vigor en él, que su semblante parecía otro; se sentía feo y repugnante; se sentía por fuera como era por dentro: estaba anonadado. Y todo ello por Cándida, por aquella muchacha sin alma y sin formas de mujer, insípida, sin gracia y orgullosa... El la odiaba.

Mientras pensaba esto, oyó que le llamaban por su nombre, y volviéndose, se encontró con la criada; una buena vieja que hacía veinte años servía en la casa.

—Dos horas hace que ando buscándole—dijo la mujer—y hace varios días que tengo que preguntarle una cosa; ¿me lo permite?

El jóven le indicó que sí.

—Una cosa que cuanto más pienso en ella ménos la entiendo, y solamente Vd. es el que puede explicármela. Pero es preciso que venga conmigo pronto, porque no hay tiempo que perder.

Riconovaldo se levantó; la vieja echó delante, lo condujo á la quinta, le hizo subir la escalera, abrió la puerta de la habitacion de Cándida, y le dijo:

—Entre.

El jóven la miró maravillado.

—Entre, entre; si no entramos aquí, no me puedo hacer entender.

Entró el jóven y miró en derredor; era una habitacion sencillísima; las paredes desnudas, un lecho blanco, pocas sillas, y una mesita al lado de la ventana, con algunos libros sobre ella.

La vieja cerró la puerta, se puso en medio del cuarto, frente á Riconovaldo, y empezó con aire misterioso:

—La señorita Cándida es una muchacha tranquila, ¿no es verdad?

—Así me lo ha parecido siempre—respondió el jóven, sin comprender á qué había de conducir aquella pregunta.—¿No tiene nunca ningun disgusto en la familia?

—No, que yo sepa.

—Es tambien una jóven de... juicio, séria; quiero decir, que no tiene el natural de tantas otras caprichosas; siempre es para las gentes de idéntico modo, ¿no es verdad?

—Verdad.

—Y aquí en el campo no conoce más gente que su padre, su tía, su hermano, Vd. y su cuñada, ¿no es así?

—A nadie más.

—Pues—exclamó la vieja despues de un momento de reflexion—¿cómo ha cambiado tanto de algun tiempo á esta parte?

—Pero si acaba de decir que siempre ha sido lo mismo.

—Con la gente, sí; pero cuando está sola, y aun cuando estoy yo, entonces, no.

—¿Y qué hace cuando está sola?

—¡Oh, si supiera Vd.! Oiga. Pero... antes de todo; ¿sabe que hay libros que hacen llorar como si se estuviera desesperado?

—¿Dónde están esos libros?

—Aquí está uno.

La vieja tiró del cajón de la mesita, sacó un libro y se lo ofreció á Riconovaldo.

—*Historia de Sibila*—leyó el jóven en la portada—es una novela; ¿y es esto?

—¿Hace llorar mucho?

—Puede hacer llorar.

—¿Como un desesperado?

—¡Oh, Dios! como un desesperado, no; alguna lágrima..., puede; se vierten tantas.

—Entonces, mire; debe haber señales; lea aquí.

Y le indicó una página doblada, donde había tres líneas señaladas con la uña.

Riconovaldo leyó para sí:—“Miss O’Neil era una machacha alta, enjuta, angulosa, que caminaba con una regularidad y una rigidez de automática...”

—Y ahora aquí.

—“...Fea hasta casi el ridículo; la gente, se comprendé, no la había acostumbrado mal. Rodeada siempre de una atmósfera glacial, siempre

embarazada y nerviosa, como persona que camina bajo miradas malévolas é irónicas...”

—Y aquí.

—“...Vos no lo podeis saber todo lo que yo sufro, pobre niña, vos no lo podeis... es imposible. ¡Imaginaos que estoy sola en el mundo, más sola que nadie, porque soy fea y desagradable, y esto me condena á estar siempre sola, sin cariño, sin marido, sin hijos! ¡Y yo hubiera sido una madre tan buena, sabes, Sibila, una madre tan tierna!”

Riconovaldo, leyendo, se había turbado; cuando concluyó, cerró el libro y quedó pensativo.

—¿Pero qué diablos dice ese libro?—preguntó la mujer.

El jóven no respondió.

—Yo estaba aquí cuando la señorita leía, y leyendo aquella página, lloraba y hacía señales con la uña, y luego, cuando concluía, se echaba á llorar desolada, siguiendo el llanto toda la noche.

Riconovaldo seguía callando, con los ojos inmóviles clavados en tierra, como sonámbulo.

—Y luego, tantas otras cosas—añadió la criada.—Una noche subió de prisa, que parecía más alegre que nunca, y empezó á escribir, á borropear, á romper hojas, y así se estuvo hasta hora avanzada, sin que jamás pareciera contenta de su obra; y luego, ¿por qué? ¡Si hubiese escrito á lo ménos una carta! De tanto escribir, por la mañana no quedaba más que una cuartilla de papel lle-

na de garabatos y tachones, escondido allá en el fondo del cajon.

Diciendo esto, la vieja abrió el cajon, cogió la hoja y se la alargó; Riconovaldo leyó con mucho trabajo entre tachon y tachon:

—"...Es preciso entenderle, es preciso estudiarle, pero para estudiarle es preciso amarle... Los muchachos... Cuando el corazon se abre... la compañía de las niñas de su edad..."—¿Qué es esto?—gritó el jóven con voz temblorosa, pasándose una mano por la frente; recorrió la hoja de principio á fin; era todo el discurso suyo de aquella noche respecto á la educacion de los muchachos.

—¡Pero esto no es nada!—dijo todavía la vieja—ahora, dígame; ¿cómo se le puede ocurrir á una muchacha hacerse un mazo de flores de esta suerte y guardarlo como una joya?

Y al decir esto, sacó del cajon, enseñándole á Riconovaldo, un ramo de flores secas con el rabo de un palmo de largo, malamente atadas como si fuera un manojo de ensalada.

Riconovaldo reconoció el ramo que por burla había regalado á Cándida, y que ella había arrojado en un rincon.

—¿Qué le parece?—añadió la vieja tirándole de un brazo, porque parecía una estatua.—Y decir que besaba estas flores como si se las hubiera regalado su novio. Explíqueme, pues, todo esto.

—Un momento—respondió el jóven, corriendo

hacia el rincon de la ventana para quedarse libre con sus propios pensamientos.

El era justo y bueno; el descubrimiento de aquel secreto le conmovió todo su sér y los sentimientos generosos y nobles de su corazon; un ímpetu de alegría, una plenitud de amargo dolor, un desbordamiento profundo de ternura y de piedad se apoderó de su corazon, hasta tal punto, que los ojos se le llenaron de lágrimas, la respiracion era fatigosa, y murmuraba sin cesar para sí:

—¡Me engañaba, pues! Ella es buena y santa, y me amaba; la razon de su frialdad está en aquellas palabras de la novela; no podía esperar nada, creía imposible que yo la recompensase, se quería sustraer al peligro; se quería vencer; callaba, sufría, lloraba, me perdonaba, escribía mis palabras, besaba mis flores, y yo la creía sin corazon, y yo la martirizaba, burlándome y hasta insultándola; yo, que ni aun de besarle el vestido soy digno, la he insultado á esa pobre desgraciada, ángel sin esperanzas y sin consuelo. ¡Soy un bellaco!

—Señor Riconovaldo—dijo de pronto la vieja—ha llegado el carruaje; váyase á escape; ¡ay de mí, si Cándida lo ve aquí! Apenas tengo tiempo para volver á colocar los libros...

—Váyase.

—No; ¿quiere Vd. que me regañen? por caridad sálgase; dentro de unos minutos Cándida está aquí, se lo exijo, váyase.

—La espero aquí.

—No; por caridad, señor, por caridad... Ya está aquí.

—¡Oh, Cándida, Cándida!—prorumpió Riconoaldo con profundo acento de dolor, y corriendo á su encuentro en ademan suplicante—¡perdon, mi pobre Cándida, perdon!

Cándida comprendió todo en el momento, y se hizo atrás lanzando un grito.

—¡No, Cándida!—continuó él afectuosamente, cogiéndola por la mano y conduciéndola hácia la ventana—no huyas de mí; perdóname; eres buena, eres un ángel; he visto un libro, las flores, la carta; yo no sabía nada, no podía imaginar... he sido una persona indigna; tú eres buena, Cándida, perdóname; no puedo vivir con este remordimiento dentro de mi alma; sería una desesperación; no soy malo, Cándida; te lo habré parecido, pero no lo soy, te lo juro; hablaba por despecho, creía que tú me despreciabas, y me ofendía; perdóname, dime que olvidarás todas mis palabras; te he hecho mucho mal, lo sé, sí; lo niegas porque tú eres buena, pero te he hecho mucho daño; si no me perdonas, viviré siempre con este torcedor y con la vergüenza de haberte insultado: Cándida, perdóname...

—¡Riconoaldo!—exclamó Cándida con voz apagada, tratando de desasirse de sus brazos.—Nada es cierto... te has engañado... déjame...

—...Tú estás ofendida...—continuó diciendo él con afanosa voz, besándole el vestido á cada palabra—no me quieres perdonar, es justo; pero yo no quiero dejarte de este modo, es imposible; no sabría qué hacer de mí, no podría soportarme, sería demasiado despreciable aun á mis mismos ojos; me parecería verte siempre llorar, y no habría recuerdo más doloroso para toda mi vida, no puedoirme sin tu perdon; Cándida, te lo suplico, perdóname... querida, buena Cándida...

—Sí, te perdono...—murmuró con voz apenas perceptible la jóven, poniéndole la mano en la frente para retenerlo alejado—pero vete, vete...

—No, el perdon no basta, Cándida; dime alguna palabra más; no me has dicho *te perdono* con el corazon; dime que todo me lo perdonas, que no me crees indigno, que mis palabras no te harán llorar y que las tendrás por palabras de un insensato, dichas en un momento de pasión; yo quería que me quisieras bien; no puedo soportar la idea de que me desprecias, tú, que eres tan buena; dime que aún me quieres bien, te lo suplico; necesito por igual tu perdon y tu estima...

—¡Mi estimacion!—gritó Cándida, conteniendo un vivo movimiento de afecto.

—Sí, sí, Cándida; pronuncia esta bendita palabra; dime:—Riconoaldo, te perdono y te estimo.

—¡Pues bien, sí!—exclamó Cándida, fiando

sus ardientes y suaves ojos en los de Riconovaldo llenos de lágrimas—¡te perdono, te estimo... te estimo, y te... estimo!—añadió en voz baja.

—¡Cándida!—gritó el jóven poniéndose en pié con la rapidez del rayo y apretando su cabeza entre las manos—¡tú querías decir otra palabra; dila!

Y Cándida susurró á su oído:

—¡Te amo!—y escondido el semblante contra la espalda de él, dió en un llanto desesperado.

### XXIII.

En este momento fueron conmovidos por un estrépito que se oyó sobre la terraza hácia el lado de la habitacion de Iris; primero se oyó la voz de Furio, luego la de Cárlos, luego el ruido de una grande bofetada, un grito de Iris, y un precipitado rumor de pasos.

—¡Ah, lo había previsto!—gritó Cándida, lanzándose fuera de la habitacion; el jóven la siguió.

Furio, que no sabía la llegada de Cárlos, habiendo vuelto ya de noche á la quinta, viendo luz en el cuarto de Iris, y á ella apoyada en la ventana con la espalda vuelta al campo, se había deslizado de puntillas por la terraza, se había subido despacio sobre el antepecho, y la había besado en los cabellos apasionadamente.—Angel querido.—El marido, que estaba en la habitacion, le había echado á rodar de una bofetada, fuera de la ventana y sobre los tiestos de flores.

Furio, aterrado, tembloroso, con la cara en-

sangrentada, pálido como un cadáver, se precipitó por la escalera en busca de refugio. Carlos lo persiguió; el muchacho se metió en la primera habitación del piso bajo, pero sin poder cerrar la puerta; el hermano entró amenazador; él, loco por el espanto, aferró un fusil de caza que había en un rincón y se puso en guardia con las espaldas contra la pared; Cándida apareció en la puerta, Carlos insistió más indignado; Furio, echándose hácia atrás, dió con la culata del fusil en el muro, sale el tiro, y la jóven huyó lanzando agudísimo grito; Riconovaldo voló detrás de ella, Carlos desapareció... Furio dejó caer el fusil y quedó solo, inmóvil y petrificado.

Se siguieron algunos minutos de silencio profundo.

Riconovaldo reapareció en la puerta, diciendo friamente:

—Cándida está herida en un dedo.

—¡Herida! —gritó desafortadamente Furio, metiéndose las manos en los cabellos, y luego lanzándose á la carrera:—¡Oh Dios mio! ¡pronto! ¡á escape! Es preciso fajarle la mano!

—No —añadió él deteniéndolo —es preciso cortarle el brazo.

Furio cayó desvanecido.

## XXIV.

A la mañana siguiente Iris y su marido se fueron; con pocas palabras se había aclarado todo; la conducta ligera de la señora había sido adivinada y puesta fuera de duda á las primeras de cambio; ni ella ni Carlos podían continuar más tiempo en la quinta.

Furio volvió en sí muy tarde; libre del desmayo le sobrevino luego una fiebre violenta. Apaciguada la fiebre y con ella el delirio, se encontró solo en su cuarto y rodeado de profundo silencio como si la quinta hubiera sido abandonada. El pensamiento de lo que la noche antes había ocurrido le asaltó de improviso, una angustia desesperada se apoderó de él y lloró amargamente muchas horas, exclamando entre sollozos:— ¡Cándida! ¡mi pobre Cándida! ¡Qué he hecho! —y deseaba morir.

Pasó muchas horas solo sin oír el sonido de pasos ni de una voz, oprimido por un desfallecimiento indecible.

De repente se abre la puerta de su habitacion. Se incorpora en el lecho pero no ve á nadie; como si hubiese abierto la puerta algun fantasma.

Pasó así algun minuto.

Oyó un rumor de pasos lentos y graves; temblaba; alguno subía por la escalera; su padre pasó por delante de la puerta sin mirar; pasó su tía, pasó el médico de la casa; pasó tambien un señor desconocido, pasó Riconovaldo, todos silenciosos, con la cabeça baja y tristes. Se paró á escuchar oyendo que subían al segundo piso, permaneciendo inmóvil con la respiracion comprimida. Entonces volvieron á su mente aquellas palabras:—Es preciso cortarle el brazo;—y comenzó á temblar violentamente todo su cuerpo:

—No hay remedio.

Y entonces Furio lanzó un grito desgarrador, metiendo la cabeça bajo las ropas prorumpiendo en sollozos desesperados.

## XXV.

Entretanto Riconovaldo se llevó á los dos viejos al comedor y les hizo sentar delante de él, suplicándoles que le oyesen sin interrumpirle.

—Os he hecho venir aquí—comenzó con semblante y acento severo—para deciros que la causa de todo lo que ha ocurrido sois vosotros.

El viejo se enderezó.

—Dejadme hablar,—replicó Riconovaldo;—tengo que deciros una cosa que nadie os ha dicho nunca ó que jamás habeis querido comprender. Y es que para Furio jamás habeis tenido corazon; que le habeis desconocido y abandonado, y tenido en casa como á un extraño, creyéndoos libres de todo género de obligaciones respecto de él sin más que darle de comer y donde dórmir... Dejadme hablar... Le habeis creído siempre un estúpido y tiene mucho ingenio perverso; y tiene mucho corazon; reniega en todo y por todo de vosotros, de su hermano, de mí, de todo mi linaje y del



vuestro. Vosotros le habeis humillado siempre; le habeis cerrado la boca cuando os pedía un poco de cariño; le habeis tenido aquí por vuestra comodidad seis meses, como una fiera en un parque, donde la soledad le ha hecho selvático y el aburrimiento estúpido; le habeis hecho respirar durante catorce años, no el aire puro y benéfico de la familia, sino el frio y abrumador de un hospicio, como si le hubierais recogido en la calle; ni un latido habeis tenido para él, ni el menor cuidado, ni el pensamiento más insignificante en bien suyo. ¿De qué maravillarse por consiguiente si este muchacho, con tanto cariño en su alma, el cual no habeis cuidado de que se manifieste, en la primera ocasion lo vierte con violencia? Ningun estupor causa que las primeras palabras afectuosas hayan encontrado un eco demasiado vivo en él, si jamás le habían hecho sentir ninguno; nada más natural que la primera cara de mujer que se le presentó le hiciera perder el juicio si él jamás las había visto y siempre había estado alejado de la gente viviendo en medio de los campos como un ermitaño. Sacrificad de una vez vuestras comodidades si teneis corazon y juicio, idos á la ciudad, haced que frecuente vuestras relaciones, que viva entre niños y niñas, dadle libertad, animadle, queredle y hacédselo comprender así y penetrad un poco en su alma y en su cabeza, que no todos tienen la misma índole, y que es preciso

no juzgar á todos por nosotros mismos. Acabad de una vez con esta clase de educacion que quiere mantener la autoridad con la indiferencia, la disciplina por medio de la humillacion, y no hace otra cosa más que sofocar el amor propio, endurecer el corazon, alimentar la desconfianza, sembrar la aversion y la ingratitud: esa es la educacion que dá el colegio, y la casa no es un colegio. En la casa no deben existir ni frialdades, ni ódios, ni hipocresías, ni opresiones; en ella se corrije, se aconseja, se prevé, se dan buenos ejemplos y se ama; de esta suerte cumple cada uno su deber, se educa á los hijos, se les prepara para ser hombres y se trabaja por la sociedad. Perdonadme si he sido un poco duro, y ahora vamos á concluir esta escena.

Todo esto fué dicho por Riconovaldo con tanto calor, con tanta fuerza, con un acento tan firme de persuasion y tan expedito, que los dos viejos, ni hallaron manera de interrumpirle, ni á la conclusion fueron capaces de articular dos palabras.

El registrador bien hubiera querido decir con aire de resignacion, que *algo había de verdad*; pero el jóven le empujó ligeramente fuera del salon, sin darle tiempo para respirar.

## XXVI.

Riconovaldo se asomó á la puerta de la habitación de Furio, llamándole por su nombre.

Furio, pálido y desfigurado, que daba compasión verlo, se adelantó temblando.

—Animo—dijo el jóven—ahora es ocasion de que vayas á ver á tu hermana.

—¡Oh, no!—exclamó con voz de llanto, haciéndose hácia atrás—¡no puedo, no tengo valor!

—¡Ven!—repitió Riconovaldo con imperioso acento.—Nuestro deber te lo impone y tú debes obedecer.

Furio obedeció; Riconovaldo le cogió de la mano y le llevó; el padre y la tía les siguieron.

En el momento de entrar en la habitación de Cándida, le flaquearon las piernas; Riconovaldo le sostuvo y dijo:

—¡Valor!—y entraron.

El cuarto estaba casi á oscuras, Cándida se hallaba en el lecho cubierta hasta el cuello; Fu-

rio, lanzando un grito desesperado, se arrojó hácia ella; pero de pronto se detiene y cae de rodillas sollozando.—¡Cándida, Cándida, perdona... te quería tanto!...

Cándida sacó un brazo é hizo ademán de abrazarle; Furio se levantó, inclinó la cabeza sobre el hombro de ella, exclamando con voz ahogada:

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡Qué es lo que he hecho! ¡Qué es lo que he hecho!

Ella le puso la mano sobre la cabeza, y así pasaron un rato.

De improviso, Furio sintió sobre su cabeza otra mano, y saltó hácia atrás horrorizado.

Cándida, sonriendo, le tendió ambas manos, sanas é intactas como siempre las había tenido.

Furio miró, pasó una mano por sus ojos, dirigió una mirada á su alrededor, volvió á fijarse en las manos de Cándida, y comenzó á sollozar, á sonreír, á murmurar algunas palabras sin sentido, agitándose todo su cuerpo como si tuviera fiebre, y finalmente, recogiendo de pronto con gran esfuerzo toda su voz, prorumpió en agudísimo grito de gozo, y se arrojó entre los brazos de su hermana.

—¡Pobre Furio!—le dijo ella, acariciándole afectuosamente—perdóname; he hecho todo esto por tu bien; el dolor que has sufrido por mi causa te ha curado; ahora estás contento y tranquilo; pero tambien yo he sufrido tanto por tí; piensa

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA CANTABRIGA

lo que me debe haber costado hacerte sufrir así. Riconovaldo me ayudó, persuadió al padre y á la tía, todos estábamos de acuerdo; tú me perdonas, ¿no es verdad?

Furio, sin separar su boca del semblante, indicó que sí.

—Ahora—dijo Riconovaldo—ya he hablado yo al papá y á la tía; Furio vendrá á hacer un pequeño viaje conmigo, en compensacion de lo que le hemos hecho sufrir.

Furio se echó en brazos de Riconovaldo. Este se acercó á Cándida, ciñó con un brazo su cabeza, con el otro la cabeza de Furio, ambas á dos las apretó contra su pecho, y despues de haber mirado un momento á los dos viejos, maravillados de aquel acto, sonrió y dijo:

—¿No habeis comprendido todavía que hay algun asunto que arreglar?

Y entonces Cándida escondió detrás de la cabeza de Furio su radiante y sonrosado semblante de prometida esposa.

## MANUEL MENENDEZ.

NARRACION.